

Taula (UIB) núm. 15, 1992

Por qué el Significado (Probablemente) no es el Rol Conceptual*

Jerry A. Fodor, Rutgers University y CUNY Graduate Center

Ernest Lepore, Rutgers University

Introducción

Uno de los logros del último par de décadas consiste en que la gente que trabaja en Semántica Lingüística y la gente que trabaja en Filosofía del Lenguaje han llegado a un amistoso acuerdo de facto sobre cómo describir sus respectivas tareas. Los términos de ese acuerdo son que los semánticos se ocupan del trabajo y los filósofos de las preocupaciones. Los semánticos intentan construir teorías del significado efectivas (o teorías de la verdad, o teorías de modelos, o lo que sea) para uno u otro tipo de expresión en un lenguaje u otro. Los filósofos, por el contrario, se centran en los grandes problemas fundacionales como: cuál es la relación entre sentido y referencia, o entre pensamiento y lenguaje; si la traducción es determinada o no, y si la vida es como una fuente. Se supone que de tanto en tanto filósofos y semánticos se reúnen para compartir sus respectivos avances. O su falta.

De acuerdo con esta división del trabajo, este artículo no es sobre semántica sino sobre filosofía del lenguaje. Hemos estado hurgando en torno a los cimientos de la teoría del significado, y nos parece haber descubierto una grieta grande y desagradable. A nuestro parecer, una de las piedras angulares se está resquebrajando. Pensamos que es mejor notarlo antes de que las cosas empeoren.

* El material de este artículo está adaptado de nuestro próximo libro *Holism: A Shopper's Guide*, Blackwell, 1991. Aparecerá en las Actas de la Reunión de la Chicago Linguistic Society, *CLS 27-1: Papers from the Twenty-Seventh Meeting-CLS 27-II: Papers from the Parasession on Negation*, Dobrin, L., Nichols, L. & Rodríguez, R., eds., a la que agradecemos el permiso para su republicación.

Procederemos de la siguiente manera: primero, intentaremos localizar el problema; después, intentaremos decir de qué se trata; para finalizar, haremos un par de sugerencias sobre qué hacer al respecto. La primera parte de la discusión será muy amplia; la segunda será más específica; la tercera parte será prácticamente inexistente. Allí vamos.

1. Dónde está el problema

Un problema tradicional en la teoría del significado es «¿de dónde vienen las propiedades semánticas?» Lo que esta pregunta da por supuesto es el hecho de que lo que una palabra (o una oración, o lo que sea) significa, no puede ser un hecho bruto. No puede ser un hecho bruto, por ejemplo, que 'perro' significa *perro* y no *protón* y que 'protón' significa *protón* y no *perro*. Al contrario, 'perro' debe tener alguna propiedad *a*-semántica en virtud de la cual significa *perro* y no *protón*. Y 'protón' debe tener alguna (distinta) propiedad *a*-semántica en virtud de la cual significa *protón* y no *perro*. Dicho en la jerga filosófica estándar, las propiedades semánticas deben *sobrevenir a* las propiedades *a*-semánticas.

Puede haber ciertas propiedades que *simplemente* las cosas tienen, sin que haya razón alguna para ello. Pero si las hay, son las propiedades de las que habla la física básica (como carga, masa, etc.). Y ciertamente no incluyen los tipos de propiedades de las que hablan los semánticos (como significar *perro* o ser sinónimo de 'soltero').

Nótese de pasada que nada de esto debe entenderse como un intento de imponer el fisicalismo. Para nuestros propósitos nos basta que las propiedades semánticas sean, por ejemplo, irreduciblemente intencionales, o irreduciblemente epistemológicas, o irreduciblemente teleológicas. Lo único que es preciso excluir es que sean irreduciblemente semánticas. En resumen, no nos interesa si las propiedades semánticas sobrevienen a algo que es *físico*, en tanto en cuanto sobrevengan a algo distinto de sí mismas.

La cuestión que se plantea entonces es: «¿A qué sobrevienen las propiedades semánticas de los símbolos?» A lo largo de los años los filósofos del lenguaje se han entusiasmado con dos tipos (quizás incompatibles) de respuesta a esta cuestión. Una es lo que llamaremos la respuesta del «Antiguo Testamento», de acuerdo con la cual el significado de una expresión sobreviene a la *relación de la expresión con las cosas del mundo*. Y la otra es la del «Nuevo Testamento», según la cual el significado de una expresión sobreviene al *rol de la expresión en el lenguaje*. El desacuerdo entre estos dos tipos de explicación es venerable, y no nos proponemos entrar en detalles. Un párrafo o dos, a modo de recuerdo, bastará.

La semántica «Antiguo Testamento» deriva directamente del empirismo británico y tiene entre sus modernos representantes a los psicólogos conductistas, como Watson y Skinner, y a un puñado de filósofos del movimiento de la «semántica naturalizada» (incluyendo a Dretske, Millikan, Barwise y Perry en algunos momentos, y uno o más Fodors). La idea básica es que 'perro' significa *perro* debido a cierta relación (*a*-semántica) que se da entre el símbolo y el animal. Si eres un empirista británico (o al menos, si eres Hume), entonces para ti esa relación tiene que ver con la semejanza. 'Perro' significa *perro* y no *protón* porque 'perro' está asociado a cierta imagen mental que significa *perro* y no *protón*. Y la imagen mental significa *perro* en lugar de *protón*.

porque se parece mucho a los perros pero no tiene nada que ver con los protones. Si eres un psicólogo conductista dirás que se trata de una relación *causal* (típicamente asociativa), entre símbolo y mundo; ‘perro’ significa *perro* y no *protón* porque, a consecuencia de la historia de condicionamientos del hablante los perros provocan emisiones de ‘perro’, a diferencia de los protones. Los desarrollos recientes de la semántica «antiguo testamento» proponen aun nuevas variaciones de este tema, incluyendo, por ejemplo, recurso a las relaciones nomológicas y/o informacionales entre los símbolos y el mundo.

Bien, este enfoque tipo «antiguo testamento» ha recibido muchas críticas, tanto en filosofía como en lingüística. Quizás la principal objeción proviene de Frege: el significado *no puede* ser una relación entre símbolos y el mundo porque la *identidad* de la relación con el mundo es compatible con significados *distintos*. De esta forma, es plausible que expresiones como «la estrella de la mañana» y «la estrella del anochecer» estén ambas ligadas al mismo objeto no lingüístico (al planeta Venus); y es también plausible que tales expresiones *no signifiquen* lo mismo. De lo contrario, no se podría negar que la estrella de la mañana es la estrella del anochecer sin autocontradicción, o afirmarlo sin caer en una tautología. Lo que de hecho, no ocurre.

Así, de acuerdo con este argumento, el significado de una expresión no sobreviene a la forma en que está ligada al mundo. ¿A qué sobreviene entonces?

La respuesta tipo «nuevo testamento» es una elaboración de la siguiente idea: las expresiones «la estrella de la mañana» y «la estrella del anochecer» significan cosas diferentes, a pesar de estar ligadas al mismo objeto (Venus), debido a que desempeñan *roles diferentes en el lenguaje*. «Sólo en el contexto de una oración tiene una palabra significado», afirma Frege, y Wittgenstein añade que «comprender una oración es comprender un lenguaje». El núcleo de la idea es que es la forma en que las expresiones se conectan *entre sí* lo que determina el significado de esas expresiones en el lenguaje. Muy a menudo (de hecho, en todas las teorías semánticas que discutiremos), esta noción de «rol en el lenguaje» recibe un giro epistemológico: aprender una expresión lingüística consiste en estar dispuesto a realizar un conjunto central de *inferencias* que fijan la relación semántica de esta expresión respecto a las demás expresiones del lenguaje. Aprender la expresión ‘perro’ es, *inter alia*, estar dispuesto a inferir «Rover es un animal» a partir de «Rover es un perro». Aprender la expresión «la estrella de la mañana» es, *inter alia*, estar dispuesto a inferir «sale por la mañana» de ello. Y así sucesivamente.

Queremos enfatizar que, en este punto, estamos usando nociones como *inferir* y *estar dispuesto a inferir* como cheques en blanco. Por el momento permitiremos que cualquier disposición a que una creencia cause otra cuente como una disposición a inferir la segunda de la primera. De este modo, las inferencias deductivas, inductivas, plausibles y prudenciales, así como meras asociaciones, y Dios sabe qué más, están todas incluidas. Gran parte de este artículo consistirá en señalar los problemas con que la semántica «nuevo testamento» se encuentra cuando intenta decir exactamente cuáles son las inferencias constitutivas del significado de los términos que aparecen en ellas.

El enfoque «nuevo testamento» en filosofía es bastante parecido al enfoque, familiar, de la lingüística estructuralista, según el cual el significado de una expresión es su rol en una «sistema de diferencias». Saber lo que ‘perro’ significa es saber que excluye ‘gato’ y cohabita con ‘animal’. Saber lo que ‘soltero’ significa es saber que

calculó a Juan, y por tanto el ejemplo presente no constituye una objeción a la sistematicidad del español. No obstante, no pretendemos dogmatizar. Si existe la proposición de que la respuesta calculó a Juan, entonces el español *puede* expresarla: por supuesto, es lo que hace la forma de palabras «la respuesta calculó a Juan». El español es sistemático bajo cualquier supuesto.

En conexión con la productividad y la sistematicidad se da otra característica, aparentemente universal, de los lenguajes naturales. La estructura de las oraciones es, en el siguiente sentido, *isomórfica* con respecto a la estructura de las proposiciones que expresa: *si una oración S expresa la proposición que P, entonces los constituyentes sintácticos de S expresan los constituyentes sintácticos de P*. Si, por ejemplo, una oración expresa la proposición que P y Q, entonces la oración incluirá un componente sintáctico correspondiente a P y otro constituyente sintáctico que expresa la proposición que Q. Si una oración expresa la proposición que Juan quiere a María, entonces habrá un componente sintáctico de la oración que se refiera a Juan, otro componente sintáctico de la oración que se refiera a María, y otro constituyente sintáctico de la oración que exprese una relación tal que, x está relacionado con y si y sólo si x quiere a y. Nótese que, aunque todo esto es patente, no se trata de truismos. Los modismos y otras construcciones «holofrásticas» son excepciones, pero del tipo de excepciones que confirman la regla.²

Lo que afirmamos es que estas tres generalizaciones acerca de los lenguajes naturales -productividad, sistematicidad e isomorfismo- están conectadas, y se explican como consecuencias de la composicionalidad. Se siguen del principio según el cual el significado de una oración está compuesto de los significados de sus partes. De otra manera, resultan sorprendentes. Por consiguiente, en lo que sigue insistiremos en la composicionalidad.

Sobre esta base podemos alcanzar la grieta en los cimientos. Consiste en que la composicionalidad resulta *embarazosa* para la semántica tipo «nuevo testamento», que identifica el significado de una expresión con su rol inferencial. En particular, da pie al siguiente tipo de argumento *prima facie*:

1. Los significados son composicionales.
2. Pero los roles inferenciales *no* son composicionales.
3. Por tanto, los significados no pueden ser roles inferenciales.

La segunda premisa, por supuesto, es la que sostiene el argumento. Pero parece obviamente correcta. Considérese el significado del sintagma 'vaca marrón'; depende de los significados de 'vaca', 'marrón', así como su sintaxis, tal como la composicionalidad requiere. En primera aproximación, 'marrón' significa -o si se prefiere, connota la propiedad- MARRON, 'vaca' significa VACA, y la interpretación semántica de la estructura sintáctica [Adjetivo + Sustantivo]_N es la conjunción de propiedades. (Nos

² Nuestra formulación del principio del isomorfismo resulta intencionalmente vaga; importantes problemas surgen cuando se intenta una mayor precisión. Por ejemplo, supóngase que se sostiene que la oración «está lloviendo» expresa la proposición que está lloviendo aquí. Entonces uno debe decir o bien que «está lloviendo» tiene más constituyentes que los que aparecen superficialmente, o bien que el principio del isomorfismo puede ser violado por información transmitida pragmáticamente. Para nuestros propósitos no es preciso entrar en tales cuestiones.

damos cuenta que hay problemas con respecto a patos de reclamo y demás; pero la asunción de la composicionalidad del lenguaje es la asunción que tales problemas pueden resolverse.) Sin embargo, prima facie, el rol inferencial de 'vaca marrón' depende no sólo del rol inferencial de 'vaca' y del rol inferencial de 'marrón', sino también de lo que uno cree acerca de las vacas marrones. De este modo, a diferencia del significado, el rol inferencial no es, en general, composicional.

Supóngase, por ejemplo, que uno cree que las vacas marrones son peligrosas. Entonces parte del rol inferencial de 'vaca marrón' en tal dialecto consiste en que aparece, o puede aparecer, en inferencias del tipo 'vaca marrón → peligroso'. Este hecho acerca del rol inferencial de 'vaca marrón', no obstante, al menos a primera vista, no parece derivarse de hechos correspondientes acerca de los roles inferenciales de sus constituyentes. Esto se ve al contrastar el presente caso con, por ejemplo, inferencias como 'vaca marrón → animal marrón' o 'vaca marrón → vaca no verde'. 'Animal marrón' se sigue de 'vaca marrón' porque 'vaca' entraña 'animal'; 'vaca no verde' se sigue de 'vaca marrón' porque 'marrón' entraña 'no verde'. Pero no parece que 'vaca' o 'marrón' entrañen 'peligroso'. A este respecto, pues, no parece que la inferencia de 'vaca marrón' a 'peligroso' sea composicional.

En resumen, parece que algunas, pero no todas, de las inferencias potenciales en que 'vaca marrón' (parte de su rol en el lenguaje o sistema de creencias), vienen determinadas por los potenciales inferenciales de 'vaca' y 'marrón' respectivamente, mientras que el resto depende de las creencias de uno acerca de las vacas marrones en el «mundo real». Esto no debería parecer sorprendente o polémico. Se trata sólo de una forma de decir que la expresión 'las vacas marrones son peligrosas' (a diferencia de 'las vacas marrones son animales' o 'las vacas marrones no son verdes' o 'las vacas marrones son marrones') es claramente sintética. Es decir, 'las vacas marrones son peligrosas' es *contingentemente* verdadero, verdadero en virtud de los hechos acerca de las vacas marrones, y no en virtud de hechos acerca de los significados de los términos (asumiendo que sea verdadero en primer lugar).

Pero, para repetir el argumento, si los significados son composicionales y los roles inferenciales no, entonces se sigue que los significados no pueden ser los roles inferenciales.

A nuestro parecer, el argumento es bastante robusto; en particular, no depende de supuestos de detalle sobre cómo una semántica del rol inferencial construye la noción de rol inferencial. Hay, por ejemplo, un influyente artículo de Hartry Field en el que el rol inferencial es analizado en términos de probabilidades subjetivas; en efecto, el rol inferencial del pensamiento que P se identifica con la probabilidad subjetiva que alguien asignaría a P, respecto al resto de sus posibles pensamientos (Field, 1977). Así, por ejemplo, el rol inferencial del pensamiento que está lloviendo está determinado en parte por la probabilidad subjetiva que alguien le asignaría con respecto al supuesto de que el sol brille; y en parte, por la probabilidad que le asignaría con respecto al supuesto que los elefantes tengan alas, etc. Como otras versiones de la semántica «nuevo testamento», este tratamiento se aplica, de forma clara, tanto a una teoría que asigna roles inferenciales a pensamientos como a una que los asigna a expresiones lingüísticas, o a ambos.

Lo que afirmamos es que la construcción de los roles inferenciales en términos de probabilidades subjetivas, cualesquiera que sean sus virtudes, no ayuda en el caso de

la composicionalidad. Esto se debe a que *las probabilidades subjetivas no son a su vez composicionales*. Por ejemplo, la probabilidad subjetiva que se asigna al pensamiento que *las vacas marrones son peligrosas* no está en función de la probabilidad subjetiva que se asigna al pensamiento que *las vacas son peligrosas*, junto con la probabilidad subjetiva que se asigna al pensamiento que *las cosas marrones son peligrosas*. Si esto no parece obvio, considérese un mundo (o mejor, un mundo creencial, dado que las probabilidades en disputa se supone que son subjetivas) donde hay muchas cosas que son vacas, casi ninguna que sea peligrosa, y un pequeñísimo número de vacas marrones, la mayor parte de las cuales son muy, muy fieras. Sobre tales supuestos, la probabilidad que algo que es marrón sea peligroso es pequeña, y la probabilidad de que algo que es una vaca sea peligroso es pequeña, pero la probabilidad de que una vaca marrón sea peligrosa es tan grande como se desee.

Hasta ahora el argumento puede entenderse como el cuerno de un dilema, y anticipamos la siguiente respuesta: «De acuerdo, si se asume la composicionalidad del significado, entonces los significados no pueden identificarse con el rol inferencial como tal. Pero eso no es realmente embarazoso para la semántica tipo «nuevo testamento» porque los significados pueden aun identificarse con los roles en las inferencias *analíticas*. De este modo, por una parte, la inferencia ‘vaca marrón → animal marrón’ es composicional (se sigue de la inferencia ‘vaca → animal’), y por otra parte, precisamente porque es composicional, ‘vaca marrón → animal marrón’ es analítico. Las inferencias composicionales serán siempre analíticas y las inferencias analíticas serán siempre composicionales; la composicionalidad de una inferencia y su analiticidad *son la misma cosa*».

Se puede mirar de esta forma: si ‘vaca marrón → animal marrón’ es composicional, entonces está garantizada por los roles inferenciales de las expresiones ‘vaca’ y ‘marrón’. En esto consiste la composicionalidad de una inferencia. Pero, de acuerdo con la semántica «nuevo testamento», los roles inferenciales de ‘vaca’ y ‘marrón’ *son sus significados*. Por consiguiente, la inferencia ‘vaca marrón → animal marrón’ está garantizada en virtud de los *significados* de ‘vaca’ y ‘marrón’. Pero una inferencia es analítica *justamente* cuando su validez depende de los significados de sus expresiones constituyentes. En consecuencia, la composicionalidad de ‘vaca marrón → animal marrón’ -o, mutatis mutandis, de cualquier otra inferencia-, entraña su analiticidad. El mismo argumento funciona en el otro sentido. Una inferencia es analítica si depende de los significados de sus constituyentes. Pero, de acuerdo con la semántica «nuevo testamento», los significados son los roles inferenciales. Por tanto, una inferencia analítica resulta ser una inferencia cuya validez depende de los roles inferenciales de sus constituyentes. Y que la validez de una inferencia dependa de los roles inferenciales de sus constituyentes es lo que hace composicional una inferencia. Por tanto, la analiticidad implica la composicionalidad y viceversa. Y por tanto, el significado es composicional, el rol inferencial no, pero el rol en las inferencias analíticas sí es composicional. Lo que se deduce de todo ello es que hace falta una versión revisada de la semántica «nuevo testamento», que identifique el significado con el rol en las inferencias analíticas.»

Lo primero que hay que decir al respecto de esta nueva sugerencia es que la amenaza de circularidad es ahora aparente. Lo que se propone es reconciliar la teoría del

rol inferencial con la composicionalidad del significado mediante la identificación del significado de una expresión con su rol en las inferencias analíticas. Pero la diferencia entre las inferencias analíticas y las inferencias *tout court* es sólo que la validez de las primeras depende de los *significados* de sus expresiones constituyentes. Como resultado, la analiticidad, el significado y la composicionalidad se las arreglan para ir tirando apoyándose mutuamente, y Quine tiene que decir «Ya os lo dije».

Nótese también que esta propuesta pone en peligro el proyecto de naturalización de la semántica del rol inferencial. Gran parte del atractivo de identificar el significado con el rol inferencial consiste en la idea que el rol inferencial de una expresión podría a su vez identificarse con el rol *causal*, suministrando de esta forma una vía naturalista concebible de solución al problema de Brentano. Que las relaciones causales reconstruyen las relaciones inferenciales es uno de los supuestos básicos de las teorías computacionales de los procesos mentales, de manera que quizás se halla aquí el germen de esperanza de una posible unificación de la semántica con la psicología. Pero dejando de lado las propuestas de una teoría causal de la analiticidad, esta táctica no está a disposición del filósofo que identifica el significado con el rol de una expresión de inferencias analíticas.³ La idea de que los procesos mentales son computacionales puede proporcionar la base para una explicación naturalista de la inferencia, pero no ofrece luz alguna respecto a la naturaleza de la analiticidad. Como tampoco lo hace, a nuestro parecer, nada más.

Podemos decir ahora con precisión cuál es nuestro problema: no se puede identificar los significados con los roles inferenciales *tout court*, porque, a diferencia de los significados, los roles inferenciales no son composicionales. *Se puede* identificar los significados con los roles en las inferencias analíticas, no obstante, porque las inferencias analíticas son composicionales. Pero, por supuesto, el coste de identificar los significados con los roles en las inferencias analíticas es el de apelar a la distinción analítico/sintético. Así, el coste de la semántica «nuevo testamento» es el de apelar a la distinción analítico/sintético. Pero en estos días prácticamente todo el mundo cree que la distinción analítico/sintético no se sostiene. Además, se cree que el descubrimiento de que la distinción analítico/sintético carece de fundamento es uno de los dos logros más importantes de la moderna filosofía del lenguaje -el otro sería la teoría del significado como rol inferencial-. Si seguimos asumiendo la composicionalidad como no negociable, se sigue que uno de estos principios fundacionales de la filosofía del lenguaje va a tener que ser abandonado. ¿Cuál? ¿Y con qué vamos a reemplazarlo?

³ Hay diversas teorías causales del significado; por ejemplo, Skinner (1957), Dretske (1981), y Fodor (1991), entre otras muchas. Y como cualquier teoría del significado, cada una de ellas implica una correspondiente noción de analiticidad. Pero todas estas teorías son externalistas y atomistas y por tanto no ofrecen consuelo alguno a las semánticas del rol conceptual o al holismo. Tales teorías causales no legitiman una construcción del significado en términos de inferencia *analítica* porque rechazan la teoría del rol conceptual: no identifican el significado con la inferencia en absoluto.

3. ¿Y ahora qué?

Ahora es cuando deberíamos decir qué hacer para arreglar la grieta en los cimientos. Prometemos que lo haríamos si pudiéramos. Dado que no podemos, nos limitaremos a unas pocas observaciones acerca de las que consideramos opciones abiertas, y de lo que puede suponer adoptar una y otra.

La primera posibilidad a considerar es el intentar resucitar la distinción analítico/sintético. Pensamos que esta sugerencia tiene cierta plausibilidad *prima facie*. Hemos visto que la composicionalidad y la analiticidad vienen a ser lo mismo si se acepta el enfoque «nuevo testamento» según el cual el significado sobreviene al rol conceptual. Pero, de hecho, es plausible pensar que la composicionalidad entraña la analiticidad *tanto si se acepta la semántica «nuevo testamento» como si no*. Así, por ejemplo, es difícil ver cómo alguien podría afirmar que el significado de ‘vaca marrón’ es *composicional* y a la vez negar que la inferencia de ‘vaca marrón’ a ‘marrón’ es *analíticamente válida*. Si es innegable que el significado de ‘vaca marrón’ resulta de los significados de ‘vaca’ y de ‘marrón’. Parece igualmente innegable, y por las mismas razones, que la inferencia de ‘vaca marrón’ a ‘marrón’ está justificada por los principios lingüísticos que permiten esa construcción. Pero una inferencia cuya validez depende de principios lingüísticos *es precisamente* una inferencia analítica. En resumen; las mismas relaciones estructurales entre los constituyentes de una oración que garantizan su composicionalidad parecen engendrar la analiticidad de algunas de las inferencias de las que forman parte sus constituyentes.

De esta forma, parece que la composicionalidad subraya ciertas analiticidades por sí misma, sin necesidad de recurrir al principio de que el significado sobreviene al rol inferencial. Un semántico tipo «nuevo testamento» podría argüir, por tanto, que si la composicionalidad no es negociable entonces tampoco puede serlo la analiticidad, y, en consecuencia, que el rechazo de los argumentos de Quine contra la analiticidad está independientemente motivado. (Vale la pena mencionar a este respecto que Quine dice poco o nada al respecto de ejemplos como ‘vaca marrón → marrón’, donde la analiticidad de una inferencia depende de la *estructura* de sus premisas más que de sus contenidos léxicos.) Y si puede defenderse la recuperación de la distinción analítico/sintético, entonces parece que todo esté bien. Hemos visto que no se puede sostener al mismo tiempo la semántica «nuevo testamento», la composicionalidad y *el rechazo de la distinción a/s*, pero ciertamente se pueden sostener los dos primeros si se abandona el tercero.

Queremos enfatizar, no obstante, que el tipo de distinción a/s que la composicionalidad entraña se da sólo entre las expresiones y sus *constituyentes sintácticos*. Sirve para distinguir, digamos, ‘vaca marrón → marrón’ de ‘vaca marrón → peligroso’. Pero no permite distinguir entre, digamos, ‘vaca marrón → animal’ y ‘vaca marrón → peligroso’. Es decir, no permite una distinción a/s entre inferencias que dependen del repertorio léxico de las premisas, a diferencia de las que dependen de su estructura lingüística. Sin embargo, son justamente tales inferencias léxicas las que resultan problemáticas para la semántica «nuevo testamento».

Si el significado de ‘vaca marrón’ deriva de los significados de ‘vaca’ y ‘marrón’ (como se desprende de la composicionalidad), y si el significado de ‘vaca’ es

su rol inferencial (si la semántica «nuevo testamento» está en lo cierto), entonces es preciso arreglar las cosas de modo que ‘vaca marrón’ permita la inferencia a ‘animal’, *pero no la inferencia a ‘peligroso’*, debido a los significados de sus constituyentes. Pero eso requiere excluir de la representación semántica de ‘vaca’ información del tipo, por ejemplo, ‘vaca → tipo de x tal que los x marrones son peligrosos’ (y, análogamente, debemos excluir de la representación semántica de ‘marrón’ información del tipo ‘marrón → x tal que las vacas x son peligrosas’).⁴ Pero decir que debemos tratar tales inferencias como excluidas de las representaciones semánticas de ‘vaca’ y ‘marrón’ es decir que tales inferencias *no* son constitutivas de los significados de ‘vaca’ y de ‘marrón’. Y decir eso es presuponer una distinción a/s para las inferencias de naturaleza léxica. Precisamente el tipo de distinción a/s cuya crítica familiar por parte de Quine es ampliamente aceptada.

Hemos estado acentuando la diferencia entre las analiticidades que resultan de la estructura composicional de una expresión y las analiticidades que se generan por los significados de los ítems de su vocabulario. Esta distinción es, por supuesto, puesta en cuestión si se asume que hay un nivel de representación en el que los ítems léxicos son semánticamente descompuestos: postular tal nivel equivale a afirmar que el significado léxico es a su vez composicional. Por tanto, si hay descomposición léxica, entonces podemos identificar el significado de una expresión con su rol en aquellas inferencias que son determinadas por su estructura composicional, *incluyendo la estructura composicional de sus componentes léxicos*. El resultado es asimilar inferencias del tipo ‘vaca marrón → animal’ a las del tipo ‘vaca marrón → marrón’, dado que, al nivel de la representación semántica, ambas suponen relaciones entre expresiones y sus constituyentes. Y ambas se diferencian de ‘vaca marrón → peligroso’ porque presumiblemente ‘peligroso’ no es un constituyente de las representaciones de ‘vaca marrón’ a *ningún* nivel.

Por supuesto, resolver estos problemas dando por descontada la posibilidad de descomposición léxica no respondería las objeciones de Quine. Si el significado léxico fuera composicional, entonces los ítems léxicos serían definibles; y parte del argumento de Quine en contra de la posibilidad de la distinción a/s consiste en la falta de una noción de definición válida. Si los argumentos de Quine demuestran algo, es que no hay forma de reconstruir la intuición de que ‘vaca marrón → animal’ es por definición, mientras que ‘vaca marrón → peligroso’ no lo es.

Concluimos, pues, afirmando que aunque puede haber razones para resucitar la distinción a/s, la no negociabilidad de la composicionalidad no es una de ellas. La

⁴ Jim Higginbotham nos ha señalado que excluir *peligroso* de las representaciones semánticas de ‘vaca’ y ‘marrón’ no basta para asegurar que ‘las vacas marrones son peligrosas’ sea sintética. Esto se debe a que la composicionalidad requiere sólo que haya una función que determine el significado de ‘vaca marrón’ en base a la sintaxis y a los componentes léxicos de la expresión. Hablando de forma estricta, no requiere que la representación semántica de ‘vaca marrón’ incluya las representaciones semánticas de ‘vaca’ y ‘marrón’ (aunque muchos tratamientos de la analiticidad en la tradición kantiana han hecho tal suposición). Todo esto nos parece bien; lo que afirmamos es que si ‘vaca marrón’ hereda *peligroso* de su estructura composicional (en la forma que sea), entonces ‘las vacas marrones son peligrosas’ resulta analítico. Lo que constituye un resultado inaceptable.

composicionalidad permite una distinción entre 'vaca marrón → marrón' y 'vaca marrón → animal', pero no entre 'vaca marrón → peligroso' y 'vaca marrón → animal'. Por consiguiente, el problema original sigue en pie: si la composicionalidad no es negociable, entonces o bien hay una distinción a/s para las inferencias léxicas (contra Quine), o bien los significados no sobrevienen a los roles inferenciales (contra la semántica «nuevo testamento»).

Una segunda reflexión es que la situación presente está llena de ironías. Observamos anteriormente que una vez se dice que el significado de una expresión sobreviene a su rol inferencial, es difícil evitar la conclusión que el significado de una expresión sobreviene a la *totalidad* de su rol inferencial. Esto es, es difícil evitar el relativizar el significado de una expresión al lenguaje que la contiene, en su conjunto, con las consecuencias de que las expresiones de lenguajes diferentes son semánticamente incommensurables. Existe un tipo de idealismo lingüístico que se deleita en estas implicaciones holistas del la semántica «nuevo testamento»; se puede reconocer sin dificultad esta sensibilidad entre las gentes de la 'lingüística cognitiva', los conexionistas, y, por supuesto, entre filósofos como Rorty, Putnam, Kuhn y Derrida. Sin embargo, como hemos visto, la semántica del rol inferencial *no tiene* implicaciones holistas después de todo, y por tanto el relativismo sale derrotado cualquiera que sea el rumbo que tome el argumento.

Así es como se suponía que se organizaba el argumento que concluía con el holismo semántico a partir de la semántica del rol inferencial:

1. La Semántica «Nuevo Testamento»: el significado de una expresión se constituye, al menos parcialmente, por las relaciones inferenciales de la expresión.
2. Ausencia de la distinción a/s: carecemos de una distinción de principio entre las inferencias que constituyen el significado de una expresión y las inferencias que no.
3. Conclusión, el Holismo Semántico: el significado de una expresión se constituye por la totalidad de sus relaciones inferenciales, esto es, por su rol total en el lenguaje.

Pensamos que hay multitud de razones para desaprobar esta forma de defender el holismo semántico. No es la menor de ellas el que depende, de forma aparentemente ineliminable, de un argumento de «pendiente resbaladiza», un tipo notorio de argumento falaz por conducir de premisas verdaderas a conclusiones falsas. (Esto es, depende de argüir de 'no hay una diferencia de principio entre Fs que son Gs y Fs que no lo son', a 'o bien ningún F es G o bien todos lo son'). Para nuestros propósitos, no obstante, podemos pasar esto por alto. Lo que queremos destacar es que el argumento no puede ser mejor de lo que lo es su segunda premisa, esto es, *depende de* la negación explícita de la distinción a/s.

De este modo la situación es la siguiente: si la distinción a/s tiene razón de ser, entonces la segunda premisa es falsa y el argumento en favor del holismo semántico incorrecto. Pero si la distinción a/s no se sostiene, entonces la primera premisa es falsa. Esto es así porque, como hemos visto, el respetar la composicionalidad requiere que el significado de una expresión se identifique con su rol en las inferencias *analíticas*; y la composicionalidad no es negociable. Pero el argumento de que no hay distinción a/s es el argumento que niega la existencia de inferencias analíticas. Asumimos la bivalencia:

o hay una distinción *a/s* o no la hay. De cualquier forma, el argumento que concluye el holismo semántico en base a la semántica del rol inferencial resulta incorrecto. Suponemos que esta demostración debería oscurecer los cielos de los semánticos holistas de la Costa Oeste. Que así sea: necesitan la lluvia.

Para recapitular, el problema fundacional es que no se puede tener todo a la vez: defender una semántica del rol inferencial Y defender la composicionalidad Y abandonar la distinción *a/s*. Si la composicionalidad no es negociable, nos quedan sólo dos opciones: defender la distinción *a/s*, o rechazar la idea de que el significado sobreviene al rol conceptual. No podemos decir cuál de estas opciones es la mejor, pero queremos insistir en que el agitarse no nos va a librar del anzuelo. En particular, muchos científicos cognitivos han esperado reconciliarse con los argumentos de Quine optando por una noción de analiticidad gradual, contextual, o desnaturalizada de otro modo. La idea consiste en que, aunque Quine puede haber mostrado que la noción de *identidad* de significado es problemática, queda abierta la posibilidad de desarrollar una noción de *similitud* de significado. Se supone que una distinción *a/s* gradual nos permitiría tener tanto la composicionalidad como la sobreveniencia del significado al rol inferencial. La semántica «nuevo testamento» resultaría así vindicada, aunque en una versión menos afilada.

Nadie ha mostrado que esto es inviable; pero tampoco nadie tiene la menor idea de cómo llevarlo a cabo. Nos parece que los argumentos en contra de una noción de principio de identidad del significado funcionan igualmente bien en contra de una noción de principio de similitud de significado, pero no lo argüiremos aquí.⁵ Baste notar aquí que las conexiones entre la analiticidad y la composicionalidad que hemos estado examinando convierten en poco prometedor la búsqueda de una noción gradualista de la analiticidad. La composicionalidad es, después de todo, un principio que rige las relaciones *entre significados* (rige la relación entre el significado de una expresión compleja y el significado de sus constituyentes). Por tanto, si una teoría semántica reconstruye el significado por medio de la noción de inferencia analítica, y se dispone solamente de una noción gradual de analiticidad, *entonces se tendrá que disponer también de una noción gradual de composicionalidad*. Pero, ¿cómo sería una noción gradual de composicionalidad? En particular, ¿cómo podría esa noción desempeñar la función que se requiere de la composicionalidad, esto es, dar cuenta de la sistematicidad, el isomorfismo y la productividad?

¿Una noción gradual de composicionalidad no implicaría, todo lo más, que un conocimiento finito del lenguaje es adecuado para *casi-entender* expresiones previamente no encontradas? ¿O que si un lenguaje es capaz de expresar la proposición que aRb , entonces es *casi-capaz* de expresar la proposición bRa ? ¿O que si la oración S expresa la proposición P entonces los constituyentes de S *casi-expresan* los constituyentes de P ? ¿Pero qué sentido tiene afirmar que, por ejemplo, '[«Juan quiere a María» casi-expresa la proposición que Juan quiere a María] sólo si «Juan casi-denota a Juan»? No parece recomendable tratar de vadear estas pantanosas aguas.

⁵ Cf. los capítulos 1 y 7 de Fodor & Lepore (en prensa).

Aquí, pues, es adónde hemos llegado: la composicionalidad no es negociable; los roles inferenciales son composicionales sólo si se cuenta con una distinción *a/s* válida para las inferencias que dependen del repertorio léxico. Por tanto, si Quine tiene razón acerca de la distinción *a/s*, la única alternativa que queda es abandonar la idea de la semántica «nuevo testamento» de que el significado de los ítems léxicos resulta de sus roles inferenciales. Dejando aparte las propuestas en favor de un tipo completamente distinto de semántica, lo que la situación requiere es regresar al enfoque tipo «antiguo testamento» según el cual lo que hace que 'perro' signifique perro es algún tipo de conexión entre el símbolo y el mundo; quizás algún tipo de conexión causal, o informacional, o nomológica, entre instancias del tipo de expresión e instancias del tipo de animal. Como hemos señalado anteriormente, existen diversas propuestas de este estilo y, quién sabe, quizá una de ellas puede funcionar.

De todo ello resultan algunas consecuencias de interés para la epistemología, dado que todos los candidatos plausibles para las relaciones símbolos-mundo semánticamente relevantes parecen ser *atomistas*. Si 'perro' significa *perro*, por ejemplo, porque los perros causan emisiones de 'perro', entonces parece que un lenguaje pudiera tener una palabra que significara lo que 'perro' significa en español sin que hiciera falta que tuviera ninguna otra palabra con el mismo significado que las palabras del español. A primera vista, de hecho, parece posible que un lenguaje pudiera tener una palabra con el mismo significado que 'perro' sin que tuviera *ninguna otra* palabra. Los argumentos holistas de todo tipo encaminados a demostrar la imposibilidad de traducción (y de forma general, la imposibilidad de conmensurar lenguajes e ideologías), entonces, quedarían probablemente colapsados. Más nubarrones sobre la Costa Oeste.

No estamos, por supuesto, urgiendo a que todo el mundo siga este curso. Por el contrario, muchos lingüistas tendrán buenas razones para no hacerlo. Por ejemplo, si la semántica «antiguo testamento» es esencialmente correcta, ¿qué resulta de estudios lingüísticos del tipo de la 'semántica léxica'? No se pueden estudiar las relaciones semánticas entre ítems léxicos a menos que *se den* relaciones semánticas entre los ítems léxicos; la semántica «antiguo testamento» debe probar que no se dan. La semántica «antiguo testamento» sostiene que las relaciones semánticas se dan entre los ítems léxicos y *el mundo* y sólo entre los ítems léxicos y el mundo.⁶

La semántica «antiguo testamento», por tanto, no tiene tratos con los campos semánticos, descomposiciones léxicas, redes conceptuales y demás. Por supuesto, si lo que se quiere decir mediante «el nivel semántico de descripción lingüística» es el nivel de descripción al que las oraciones que sólo difieren por sus expresiones sinónimas son representadas idénticamente, entonces una forma natural de entender lo que la semántica

⁶ De forma más precisa, lo que la semántica del «antiguo testamento» afirma es que si hay relaciones semánticas entre los ítems léxicos, entonces no se derivan de relaciones entre sus roles en el lenguaje, sino de relaciones entre sus conexiones con el mundo. *Ceteris paribus*, dos expresiones conectadas con el mundo de la misma forma serán sinónimos. Sin embargo, lo que se supone que el nivel semántico de descripción léxica representa son relaciones inferenciales entre ítems léxicos, y no sus relaciones con el mundo.

«antiguo testamento» entraña es que rechaza la existencia de tal nivel de descripción lingüística. En consecuencia, la semántica generativa no tiene cabida, la semántica interpretativa tampoco tiene cabida, y el nivel superior de descripción lingüística es el sintáctico o la forma lógica, esto es, un nivel que preserva el repertorio no-lógico-sintáctico de superficie. El Dios del Antiguo Testamento es un Dios austero.

Como se ha observado anteriormente, nuestro propósito no es convertir a nadie a tan rigurosa teología. Se trata sólo de señalar que parece existir esta grieta en los cimientos de la estructura donde filósofos y lingüistas han estado cohabitando recientemente. Y de incitar a que alguien haga algo antes de que caiga el tejado.

(Trad.: A. Gomila)

Bibliografía

- Dretske, F. (1981): *Knowledge and the Flow of Information*, MIT.
Field, H. (1977): «Logic, Meaning, and Conceptual Role», *Journal of Philosophy* 74: 379-409.
Fodor, J. (1991): *A Theory of Content*, MIT.
Fodor, J. & Lepore, E. (en prensa): *Holism, A Shopper's Guide*, B. Blackwell.
Skinner, B.F. (1957): *Verbal Behavior*, Appleton Century Cross Inc.